

El buqué de la muerte

En un ‘tomazo’ de 800 páginas investigo por puro morbo los malos olores: de las axilas, de los pies, de los ‘genitalia’, hasta la cadaverina y demás olores de la descomposición



MANUEL RODRÍGUEZ RIVERO

16 OCT 2021 - 05:30 CEST

Leo compulsivamente el primer volumen de los *Diarios* de [Rafael Chirbes](#) (1949-2015) y vuelvo a verlo tal como era en carne y alma, algo que ninguna novela, ni siquiera las suyas, en las que no ahorró motivos autobiográficos, puede lograr. Lo veo tal como era, con su voraz pasión por la literatura y el cine (él me descubrió a Galdós —con *Lo prohibido*— y Balzac, cuando yo solo tenía ojos para Carson McCullers, Faulkner y Godard). Autor de algunas de las novelas más brillantes y significativas de la primera década del siglo XXI, Chirbes no paró nunca de escribir: sobre lo que le sucedía, sobre lo que le hacía sufrir, sobre lo que leía, sobre cómo escribía; vistos desde el presente, estos Diarios que nunca pensó en publicar y que, quizás por eso, son tan desarmadamente valientes, constituyen el verdadero *descensus ad inferos* literario que estuvo intentando toda su vida, y del que su novela póstuma, *París-Austerlitz* (2016), que empezó a escribir 20 años antes de que se publicara, constituye una (parcial) plasmación novelesca. Como toda su obra, los *Diarios* están publicados por Anagrama (Chirbes sentía verdadera adoración por Jorge Herralde). Si desean conocer mejor al autor de *Crematorio* (2007) y *En la orilla* (2013), no se los pierdan.